



Con la maravillosa historia del Árbol gigante que creció en Buenos Aires y de los arborícolas que lo habitaron. Incluye, además, una historia de amor, aventuras sorprendentes, flores, telescopios, algunos sueños y una Gran Batalla.



I.S.B.N. 987-9069-40-4



Graciela Montes

Y EL ÁRBOL SIGUIÓ CRECIENDO

Dibujos de Elena Torres



GRAMON COLIHUE

LOS LIBROS DEL ÁRBOL



GRACIELA MONTES

Y EL ÁRBOL SIGUIÓ CRECIENDO

DIBUJOS DE ELENA TORRES



GRAMON-COLIHUE / BUENOS AIRES

Este libro fue premiado por ALIJA
(Asociación de Literatura Infantil y Juvenil
de la Argentina) en 1988 e incluido en la
Lista de Honor del Premio Hans Christian
Andersen otorgado por el International Board
of Books for Young People en 1990.

Gramon

Alguno lo relaciona a lo junto milton

Andal.

Unos de los

Exposición:

El árbol como un ídolo de nido
una miseria alópico

I.S.B.N. 987-9069-40-4

© 1995 por Odo Ediciones S.R.L. Gramón-Colihue libros. Distribuidor exclusivo: Ediciones Colihue S.R.L. Díaz Vélez 5125, (1045) Buenos Aires, República Argentina. Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723. Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

Acá empieza
el Capítulo Primero,
que se llama
"Un árbol que crece"

Unos de los
Exposición:

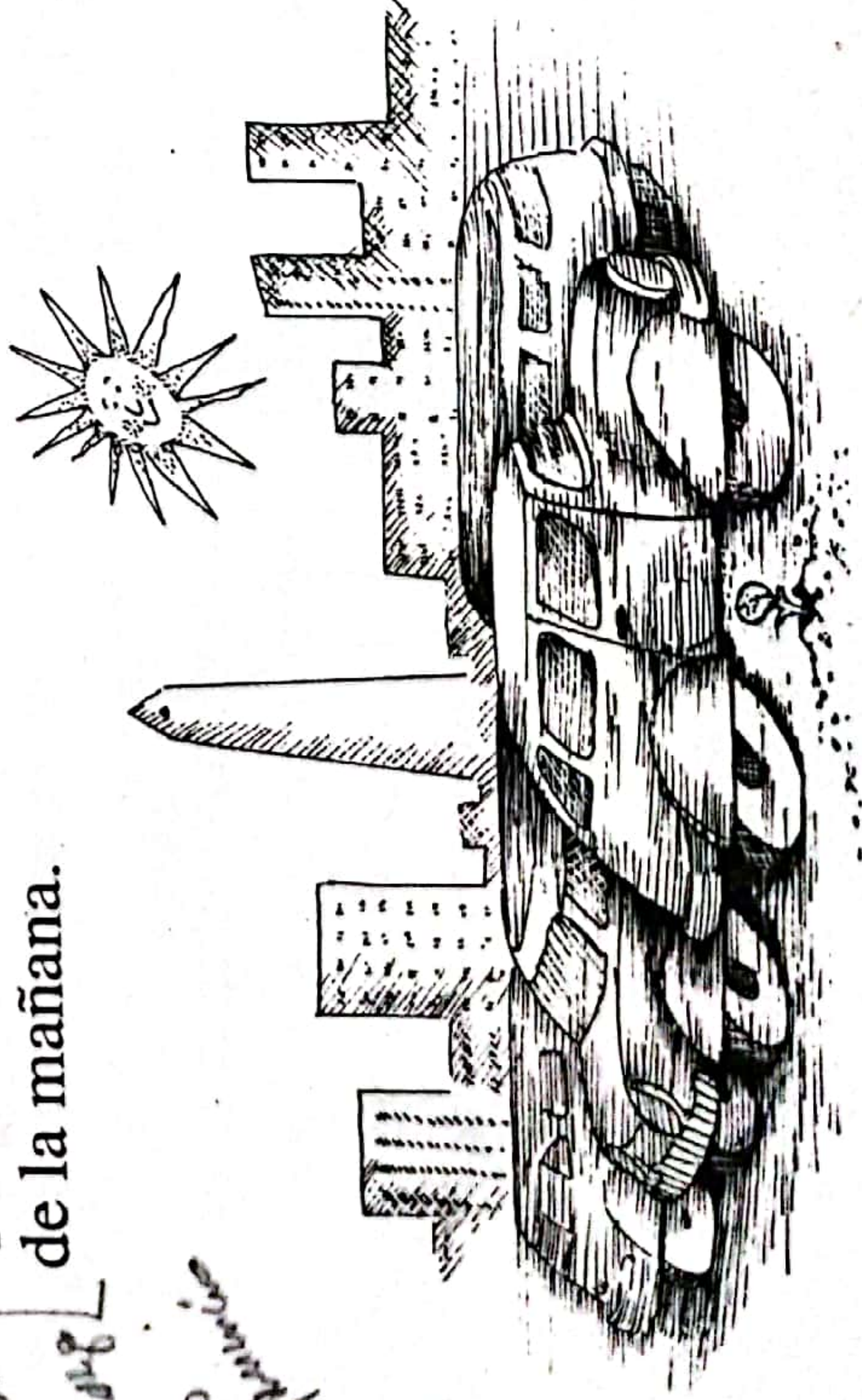
Había una vez una hojita. (Esta historia, ya ven, es muy modesta, empieza con una hojita de nada, una hojita verde para colmos, una Hojita de Morondanga. Pero eso quiere decir mucho porque las cosas más extraordinarias suceden en los Días de Morondanga. Es precisamente en los Días de Morondanga cuando suceden las Cosas Grandes.)

Repito: había una vez una hojita, con su correspondiente tallo, que se abrió paso entre el cemento de la avenida Nueve de Julio de la ciudad de Buenos Aires, más o menos a la altura de la avenida de Mayo.

Unos de los

Empujó no se sabe bien cómo, con esa rara fuerza de las plantas, que raicita a raicita, milímetro a milímetro, levantan veredas o derrumban casas, y se abrió, redonda y brillante, al sol de una mañana de jueves.

No tengo la menor idea de lo que pudo pensar al encontrarse allí en medio de un mar de cemento, con motores rugientes y ruedas feroces que la hacían temblar. En realidad, ni siquiera estoy segura de que las plantas piensen, o hablen. Lo que sí sé es que crecen. Es más, me parece que las pobres no pueden parar de crecer. Si fueran personas tendrían que comprarse ropa nueva cada día, y a la noche les quedarían cortos los pantalones nuevos de la mañana.



Esta planta que digo yo fue una planta chiquita lo que se dice chiquita el primer día, y a gatas si se salvó de que la aplastaran por estar bien ubicada en un rincón, junto la garita del cuidador de la playa de estacionamiento. Al día siguiente, en cambio, nadie podría haberla llamado chiquita lo que se dice chiquita: tenía sesenta y nueve hojitas redondas, cinco ramas y un tronco grueso. Y ya echaba su sombra —

Una mañana después era un arbolito bastante importante, y la gente que cruzaba la Nueve de Julio revisaba con los ojos el follaje para descubrir el brillo de alguna fruta. —

Pero no era tiempo de frutar para la hojita que se hizo árbol. Era tiempo de crecer, de crecer creciendo.

Un mes después quedó demostrado que una manta de cemento nada puede contra un árbol decidido. Brotaron de golpe montañas de asfalto que se quebraban rápidamente con un sonoro crac. Y, detrás del crac, venía un poquito de tierra

Los fuertes del
 hombre no pueden
 vencer los sentidos

y después algoito de pasto, seguramente gusanos y también escarabajos. Y el árbol, siempre el árbol.

Lo cierto es que esa zona de la avenida Nueve de Julio fue tomando otro aspecto, aspecto de Cosa Nueva, de Cosa Grande, de Cosa Loca..., en fin, ya nadie hablaba de ese lugar como de un Lugar de Morondanga.

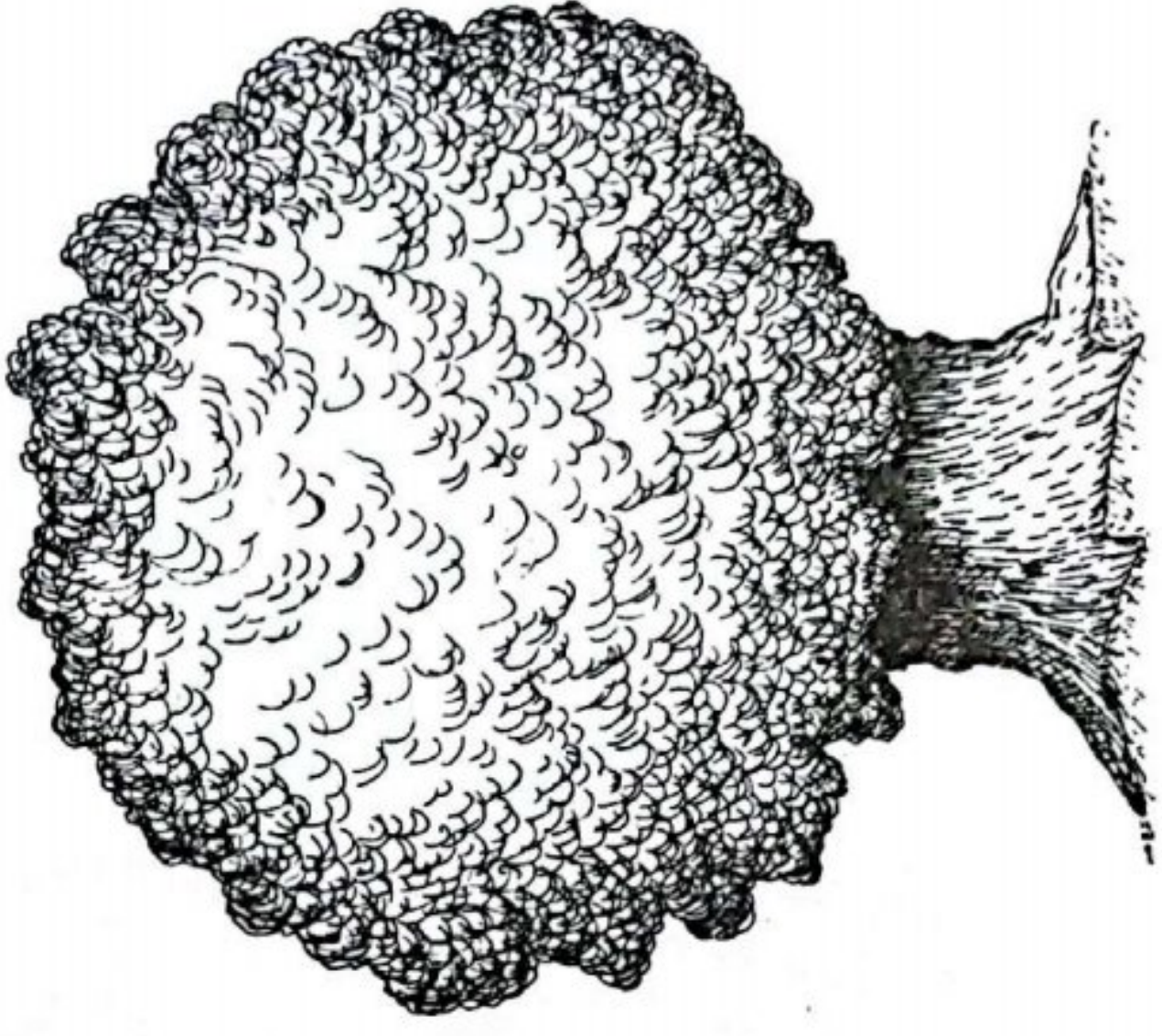
Los vecinos se sorprendieron, después se alarmaron y por fin se sentaron a esperar lo que fuera.

Cuando el Árbol (ya con mayúscula, por supuesto) había tomado proporciones proporcionalmente desproporcionadas, llegaron los Especialistas. Traían lupas para observar con cuidado la tierra que brotaba lentamente de los cracs de cemento, traían telescopios para avistar las ramas más altas (que ya superaban al más alto de los edificios). Traían libros difícilísimos donde se guardaban los nombres en latín de todas las plantas. Armaron sus tiendas de campaña en la Nueve de Julio y en la avenida de Mayo.

Instalaron un telescopio gigante en la Torre Barolo. Tomaron medidas de hojas, ramas y ramitas.

Al mediodía los pizarrones de los diarios anunciaban que el tronco principal medía cincuenta y cuatro metros y diecisiete centímetros. Pero, como el Árbol estaba en plena edad de crecimiento, los canillitas de la tarde voceaban:

—¡Sesenta y nueve metros! ¡Quinta, diarios! ¡Setenta! ¡Salió la insólita historia del Árbol Gigante!



Acá empieza
el Capítulo Segundo,
que se llama
“Aparece la Cuadrilla Caprichosa”

*so
representa punto*

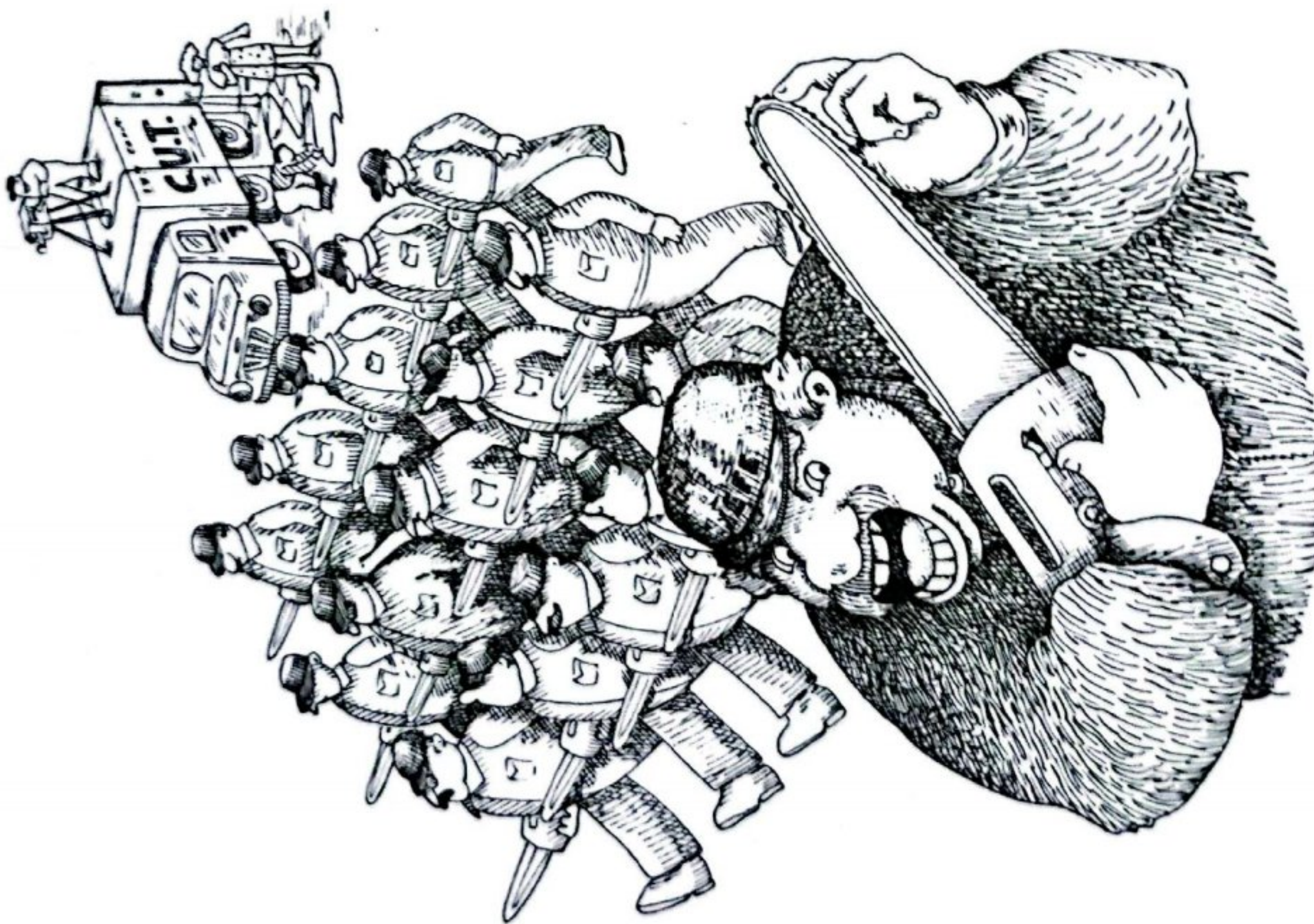
La primera escaramuza fue la de la Cuadrilla Caprichosa.

Todo empezó cuando, al Campamento de los Especialistas, llegó la Cuadrilla de los Municipales y, detrás de la Cuadrilla de los Municipales, los móviles de la C.U.T. (Canales Unidos de Televisión).

La Cuadrilla de los Municipales venía formada, vestida de azul, al paso redoblado, blandiendo en el aire sus sierras eléctricas.

Los móviles de Canales Unidos de Televisión venían atestados de cables y de cámaras y de periodistas que se maquillaban de anaranjado antes de salir al aire.

Los Especialistas se apiñaron alrededor



de sus libros en latín, de sus lupas y de sus telescopios.

—¡Alto! ¡Un momento! —gritó el jefe de todos ellos en dirección a la Cuadrilla—.

¡Un momento! ¡Estamos investigando! El Jefe de la Cuadrilla no hizo el menor caso y dio orden a sus hombres de que se apostaran alrededor del Árbol. (Y allí fue cuando la Cuadrilla de Municipales empezó a ganarse el nombre de Cuadrilla Caprichosa.)

—¡Inconscientes! —gritó un Especialista tapándose los ojos—. Es muy posible que se trate de un *Hebdomadarius giganteus*.

—¡Listos! ¡March! —vociferó el Jefe de la Cuadrilla Caprichosa sin prestar la menor atención.

Fue entonces cuando se acercó desde el móvil una simpática locutora, cubierta de rulos y con la cara sumamente anaranjada, que comenzó a relatar animadamente los sucesos.

—Estamos con nuestro móvil en el escenario de los hechos. Una Cuadrilla

Municipal se apresta a derribar el Árbol. Estos heroicos servidores públicos, haciendo caso omiso del peligro, empuñan sus briosos serruchos...

—No son serruchos, señorita —apunta un Vecino Meterete—. Son sierras eléctricas. ¿No ve los cables?

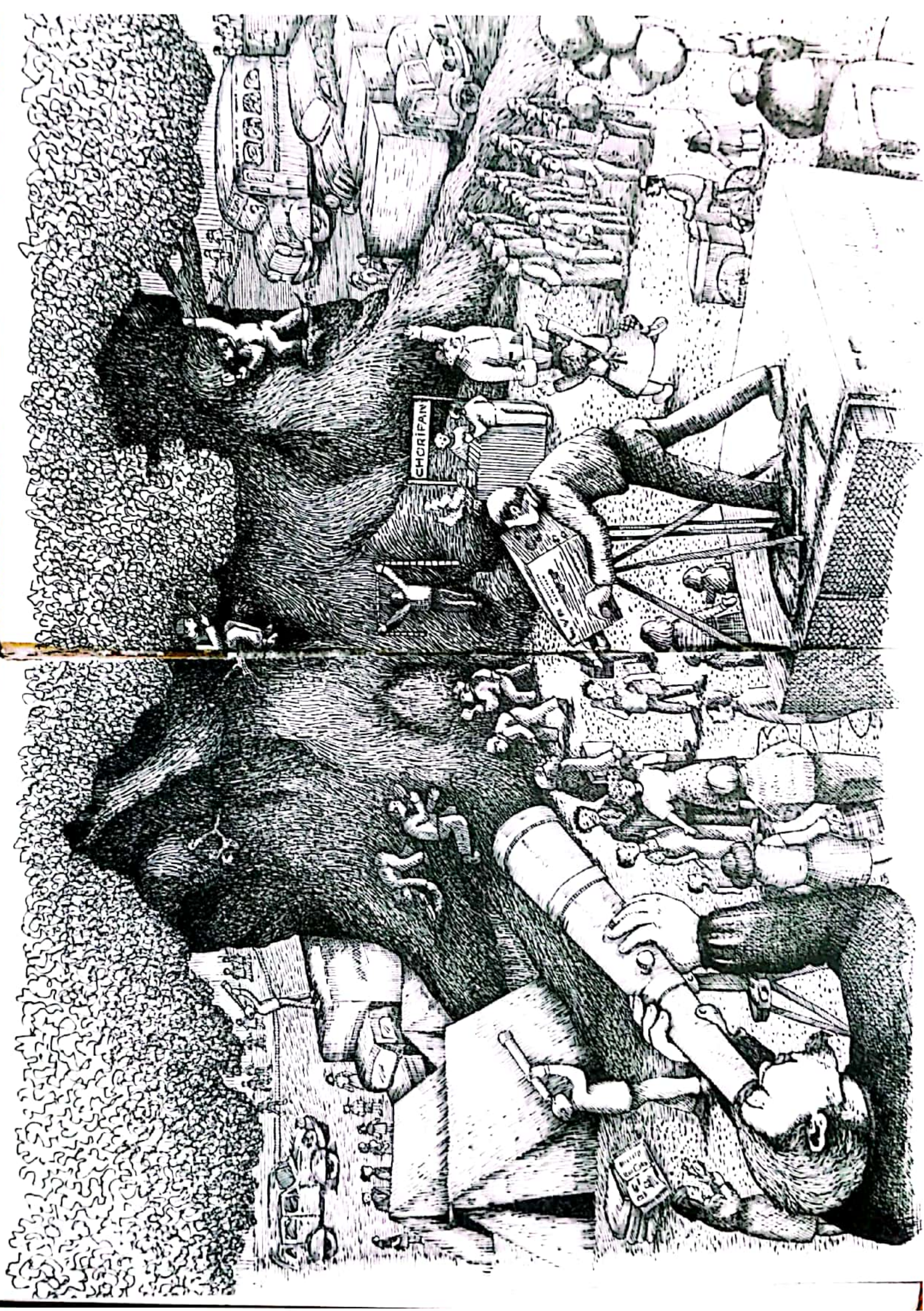
—Perdón, señor, pero los cables son nuestros... ¡Atención! En este preciso momento el Jefe de la Cuadrilla Municipal da la orden de comenzar...

¡No! ¡Un momento! Algo sucede. Una señora con delantal a cuadros corre hasta el grupo. Habla y mueve los brazos en el aire. El Jefe de la Cuadrilla escucha. Frunce las cejas. Se rasca la cabeza... Y nosotros, entre tanto, volvemos a estudios centrales.

Y ese día no tiraron el Árbol.

Ángela Rodríguez, la del delantal a cuadros, que lo conocía desde que era apenas una hojita porque vivía ahí enfrente, pensó de repente:

—¿Y para dónde se va a caer si lo serruchan?



Y eso fue lo que Ángela Rodríguez corrió a preguntarle al Jefe de la Cuadrilla Caprichosa mientras movía en el aire los brazos.

El Jefe de la Cuadrilla no sabía en absoluto qué pasaba con un Árbol al que le serruchaban el tronco. A él sólo le habían enseñado a serruchar troncos, ¡qué tanto!

Por eso se rascó la cabeza. Y, mientras se rascaba la cabeza, pensaba que antes de seguir adelante tenía que conseguir que el Intendente le extendiese un Permiso Total para Serruchar Árboles Inoportunos de la Vía Pública.

Y, al paso redoblado, se fue yendo la heroica Cuadrilla Caprichosa, mientras los Especialistas suspiraban aliviados y volvían a empuñar sus lupas, sus telescopios y sus latines.

Poco después también se fue el móvil de Canales Unidos de Televisión. Al fin y al cabo, un árbol que crece no es noticia.

Acá empieza el Capítulo Tercero, que se llama “Llegan los primeros arborícolas”

Esa misma noche Antonio Benítez quiso probar de cruzar la avenida Nueve de Julio... ¡pero por encima del Árbol! Para empezar no tuvo más que sacar un pie por la ventana de su habitación del tercer piso y agarrarse de la primera rama que encontró.

Eso no era nada difícil, porque a esa altura estaba todo lleno de ramas. Ramas densas, fuertes, acolchadas con millones de hojitas redondas y carnosas, ¡ramas comodísimas!

Avanzó rápidamente los primeros veinte metros. Luego tuvo que rodear el tronco. Eso ya no fue tan fácil, pero por fin lo logró, y, una hora y media después de haber salido de su casa, golpeó en el

El árbol como lugar de escape, Miraflores

vidrio de un cuarto piso de hotel. Y le abrió Laurita Pereyra, una tucumana recién llegada a Buenos Aires, que estuvo encantada de conocer la aventura y al valiente protagonista.

Al día siguiente, Laurita Pereyra le devolvió la visita a Antonio Benítez. Viajando en Árbol, por supuesto. Había que aguantarse algunos arañazos, claro está, pero a la larga uno se iba acostumbrando.

Todas las historias viajan, y no pasó mucho tiempo antes de que la historia de Antonio y de Laurita llegara hasta otros barrios.

Una semana después arribaron al pie del Árbol siete familias de una pensión de San Telmo. Los habían desalojado por la mañana.

Pidieron permiso en la casa de Cerrito 56. Subieron al quinto piso y salieron todos por la ventana. Y entraron al Árbol, por supuesto.

Los Ávila se ubicaron en una rama gruesa y sólida, muy cerca del tronco, y

enseguida armaron una cunita para Santiago, que tenía nada más que dos años y un montón de sueño. Los Sielecki treparon un poco más (les gustaban los sitios luminosos) y trabajaron toda la noche hasta terminar una gran tarima que hacía de piso y un techo de lona amarilla (por si llovía). Y en otras ramas se instalaron los Pavese, la señora Sonia con sus cinco nietos, don Braulio, el turco Bueri con toda su familia, y Lola Miraflores, que había sido actriz cuando joven.



Acá empieza
el Capítulo Cuarto,
que se llama
“El Árbol se hace famoso”

A mediados de abril, cuando el Árbol cumplió seis meses, empezaron a llegar a Buenos Aires los Corresponsales Extranjeros.

En Singapur, en Caracas y en Nairobi todos conocían la historia de Laurita Pereyra y de Antonio Benítez, los Enamorados del Árbol. Pero nadie estaba seguro de que fuera verdad, o cuento. Cuando llegaron los Corresponsales, el Árbol estaba tan grande, tan habitado, tan viviente, que parecía una ciudad vegetal dentro de otra, la de cemento.

La ex calle —digamos, la planta baja— seguía ocupada en su mayor parte por el Campamento de los Especialistas, que ya habían logrado llegar a algunas

conclusiones interesantes:

- Primero: el Árbol seguía creciendo, aunque a un ritmo muchísimo más lento que en las primeras semanas.
- Segundo: su tronco medía ochenta metros de diámetro.
- Tercero: se podía calcular en alrededor de 128.514.857.000 el número de hojitas, todas redondas, brillantes y carnosas.

• Cuarto y, lamentablemente, último:

había quedado definitivamente

demostrado que no se trataba de un

Hebdomadarius giganteus, sino de una

especie nueva, a la que se había

bautizado con el nombre de *Insignis ignotus*.

Pero el Campamento de los Especialistas estaba muy cambiado. Por entre las carpas, los teodolitos y los telescopios, circulaban vendedores de choripán y pochoceros y, contra el tronco inmenso, sesenta y siete bolivianas vendían limones, verdura y ají molido.

Y en las ramas había ya más de cincuenta familias. Resultaba un barrio pintoresco:

algunos vivían casi a la intemperie, abrigándose en los huecos de las ramas, otros había levantado casillas de madera, de lona o de chapa. La casa de Lola Miraflores se veía desde lejos, porque estaba hecha de mantones de Manila, negros, con largos flecos y flores muy rojas y muy amarillas.

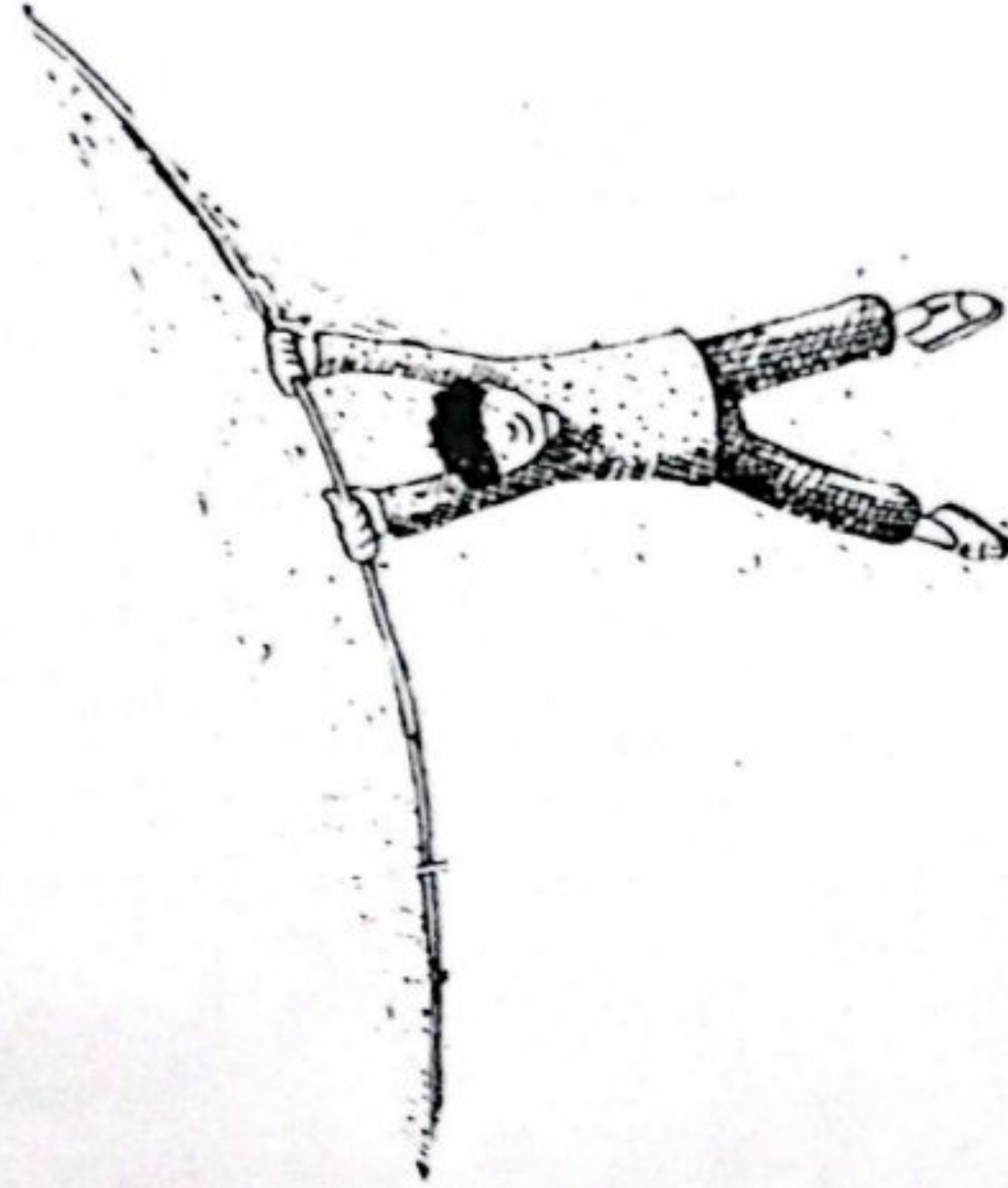
Cientos de sogas colgaban de rama en rama, y de las ramas más bajas hasta el piso.

Para una denominación

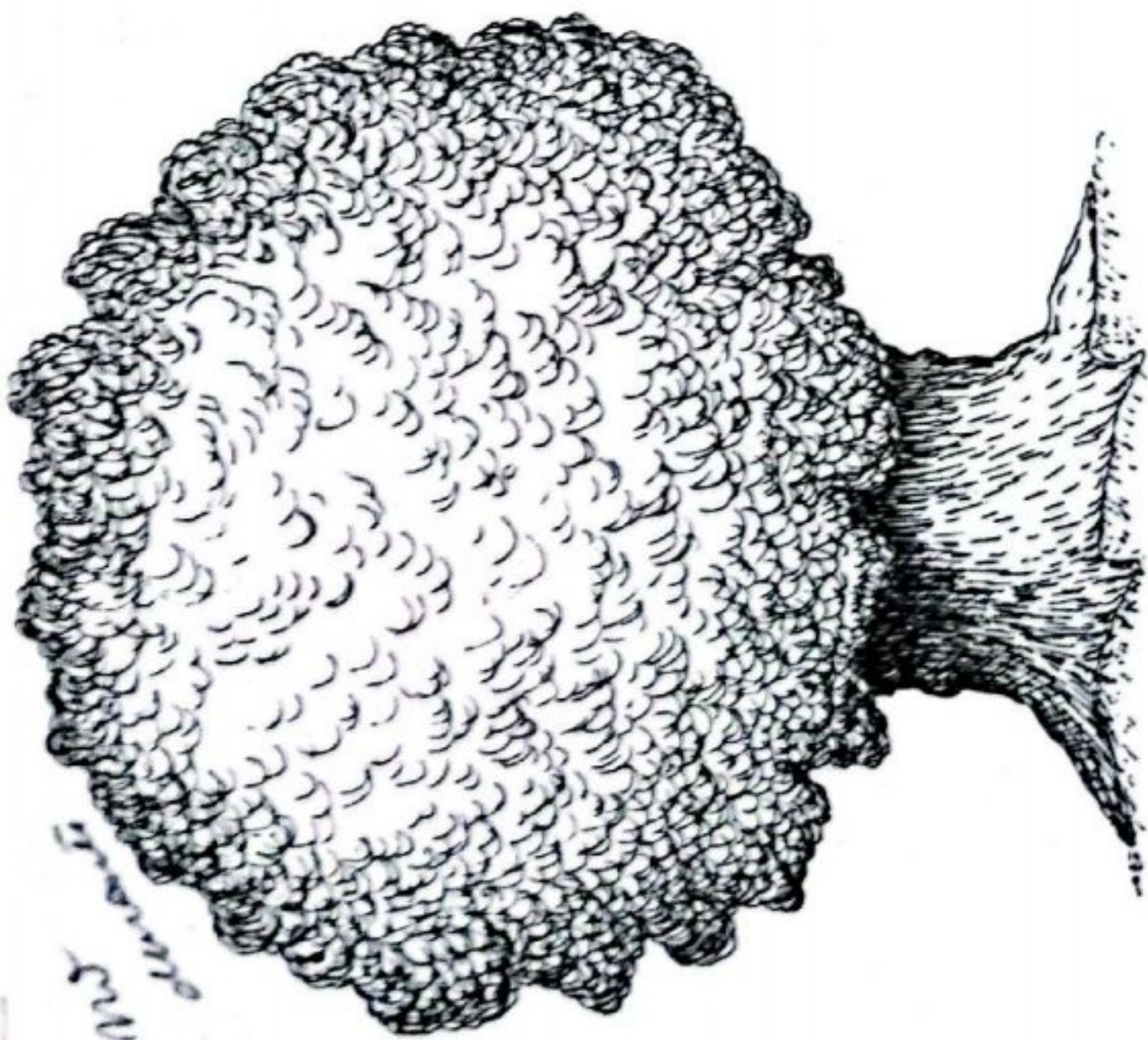
Los arborícolas bajaban y subían por ellas con extraordinaria agilidad. Para ir trabajar. Para ir a la escuela. Para comprar un manojito de espinaca, un choripán o un bolsita de pochoclo. Era un gusto verlos cruzar en sogas de rama en rama.

A menudo se reunían en asamblea en alguna rama del primer piso. A veces, como en cualquier consorcio, era cuestión de que los chicos de Sielecki se pasaban el día sacudiendo la rama de Lola Miraflores, o que los Pavese tiraban cáscaras de naranja encima de los Ávila.

Otra veces eran cuestiones comunitarias: ¿cómo protegerse de la lluvia?, ¿cómo cocinar la comida sin arriesgar un incendio? O más graves: ¿y si venía la Cuadrilla Caprichosa a desalojarlos? No era un temor sin raíces. La Cuadrilla Caprichosa andaba siempre rondando. Entre perseverante y cabezadura, el Jefe había traído semana tras semana los pasillos de la Intendencia para gestionar su famoso Permiso Total para Serruchar Árboles Inoportunos. Y hacía varias semanas que los noticieros de televisión y las revistas de actualidad hablaban del Gran Desalojo.



—Esta vez no podemos aceptar que nos echen —decía doña Sonia, mientras acunaba al más chico de sus cinco nietos—. Este Árbol es tan nuestro como de cualquiera. ¿O acaso quieren que paguemos alquiler por una rama? No es de extrañar, entonces, que los Corresponsales Extranjeros hablaran de Comoción, Inquietud Social y Malestar Ciudadano cada vez que se referían al Árbol.



*palabras muy
significativas
la*

*Simboliza el poder, el amor, manifestaciones de amor,
transmisiones, el amor, el amor del amor,
Acá empieza
el Capítulo Quinto,
que se llama
"Llegan los pájaros"
En el primer libro, el amor, en el
Varios (Jesús)*

Los pájaros llegaron tardíamente al Árbol.

Tal vez por miedo a su gigantéz desmesurada, tal vez por temor al griterío de los arborícolas, que charlaban, se peleaban, se besaban y se reían encima de las ramas.

Pero un día llegó una pareja de tordos, y al día siguiente otra. Después horneros, gorriones, churrinches, torcazas, jilgueros, ratonas, monjitas, zorzales y otros pájaros nunca jamás vistos en la ciudad de Buenos Aires.

Hay que decir que los arborícolas no recibieron con demasiada alegría la llegada de los pájaros. Al fin y al cabo eran una competencia...

Pero no tardaron en admitir que tenían sus ventajas. Cantaban maravillosamente al amanecer y cuando el sol se escondía detrás del Congreso. Por otra parte, eran muy capaces de enseñar cosas: a construir en un árbol, por ejemplo.

Algunos días después de la llegada de los pájaros, los Sielecki —que eran sin lugar a dudas los más amigos de las novedades— empezaron a levantar una nueva casa: redonda, de barro, con dos habitaciones y una sola entrada. Fueron el orgullo del Árbol. Y Laurita Pereyra y Antonio Benítez aprendieron a juntar ramitas finas y parejas y a trenzarlas junto al tronco gigante. ¿Dónde sino allí podían construir su nido los Enamorados del Árbol?

Los chicos más fantasiosos miraban y miraban a los pájaros con la secreta esperanza de aprender a volar.
La llegada de los pájaros —sobre todo de las especies nuevas (había unos pajaritos de color té con leche con la cola celeste realmente muy extraños)— atrajo hasta

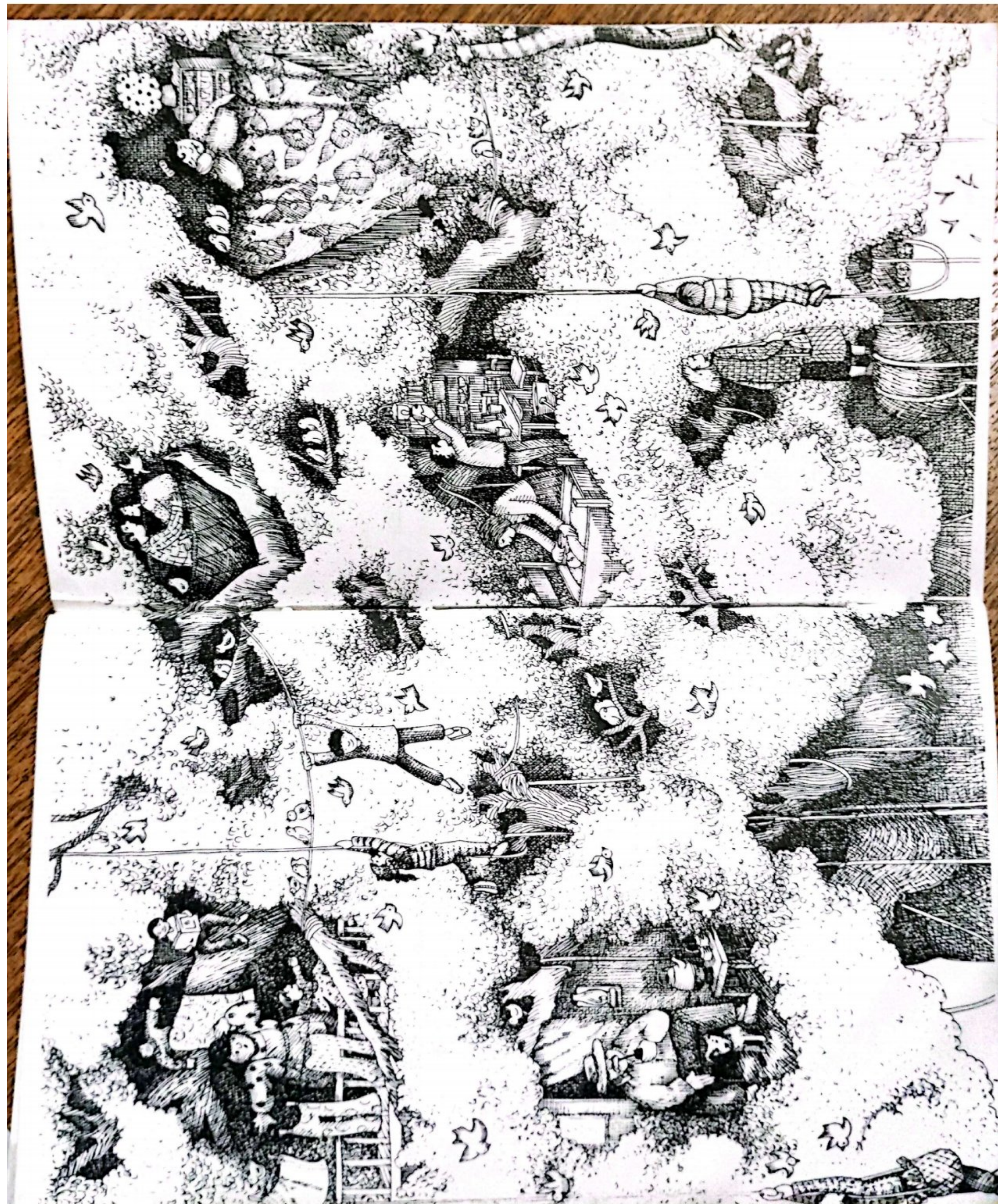
el Árbol a los Ornitólogos, que instalaron sus carpas cerca de las carpas de los Especialistas, desenfundaron sus largavistas y comenzaron a tomar nota de lo que los pájaros hacían.

Los arborícolas se molestaron bastante.

Al fin de cuentas a nadie le causaba ninguna gracia que lo anduvieran figoneando con largavistas mientras se lavaba los dientes o mientras mojaba el pan con manteca en el café con leche.

En la asamblea de esa semana el tema fundamental fue la odiosa presencia de los Ornitólogos y sus indiscretos largavistas.

Don Ávila bajó en representación de la asamblea para parlamentar con los mirones y expuso con toda sensatez y amabilidad los reclamos y las buenas razones de los habitantes del Árbol. Pero los Ornitólogos resultaron más firmes de lo que se suponía en sus propósitos, y no estaban dispuestos a perderse las idas y vueltas de ningún pajarito, y menos



que menos del pajarito té con leche.
Don Ávila levantó la voz.
Los Ornitólogos se pusieron en guardia.
Los nietos de doña Sonia se robaron dos largavistas.
Los hijos de Sielecki empezaron a tirarles huevos... ¡del pajarito té con leche, nada menos!
Lola Miraflores les sacó la lengua cuando la miraban con los largavistas. En fin...
El Jefe de los Ornitólogos se acercó a la carpa del Jefe de los Especialistas, que estaba entretenidísimo mirando un granito de tierra en el microscopio.
—Esta gente no entiende nada —dijo el Ornitólogo.
—Esta gente no entiende nada —repitió el Especialista.
—No nos dejan observar la Naturaleza —se quejó el Ornitólogo.
—¡Oh la Naturaleza! —suspiró el Especialista.
Y los dos, juntos, se fueron a buscar al Jefe de la Cuadrilla Caprichosa, que

siempre andaba rondando cerca del Árbol.
Desde su nido de hornero, que estaba ubicado en una rama bastante alta, Sielecki vio a los tres jefes reunidos. Era la primera vez que estaban los tres en contra, los tres contra los habitantes del Árbol.

Sin embargo, lo que Sielecki no sabía es que había tres opiniones muy diferentes.

—Hay que echar a la gente y dejar a los pajaritos té con leche, que anidan en el Árbol —decía el Ornitólogo.

—Hay que echar a la gente y echar a los pajaritos. Lo que importa es el Árbol —decía el Especialista.

—Hay que echar a la gente, echar a los pajaritos y tirar abajo el Árbol —decía el Jefe de la Cuadrilla Caprichosa, que era muy drástico y, además, tenía unas ganas bárbaras de usar sus heroicas sierras eléctricas—. En cuanto consiga el Permiso —agregaba.

—Mañana... —dijeron los tres al mismo tiempo.

Y en el Árbol doscientas veinticinco

personas temblaron y setecientos treinta y ocho pájaros se atragantaron con su canto del atardecer.



Acá empieza el Capítulo Sexto, que se llama “Un Árbol que florece”

Pero el día siguiente no fue el día que imaginaron el Jefe de los Especialistas, el Jefe de los Ornitólogos y el Jefe de la Cuadrilla Caprichosa. Al día siguiente, en cada una de los millones de ramas del Árbol, del gran Árbol de la ciudad, se abrió una flor. Redonda y carnosá como las hojitas que la rodeaban, pero roja y gigantesca, grande como un paraguas abierto al sol. Con estambres dorados de los que caía sin cesar un polvito casi invisible, que se posó en los hombros de los pochocleros y en las cabezas de las bolivianas, que sonrieron y siguieron ofreciendo limones, verdura y ají molido. Tan espléndido, tan diferente era el Árbol cubierto de flores gigantes, que hasta el

el principio por ser femenino, represento (al caparazo) el desarrollo de la mujer, los pajaros de los 35 años a través del tiempo, lo mismo de los años

Los para repentin se frías condeción de lo inferior y lo superior en lo nido

Jefe de la Cuadrilla Caprichosa dijo "caramba" y se rascó la cabeza, y los Especialistas, exaltadísimos, pidieron a los gritos una escalera de bombero para alcanzar por lo menos una, sólo una, de esas flores nunca vistas.

Después del primer momento de sorpresa, los habitantes del Árbol se dieron cuenta de que la presencia de las flores los beneficiaba. Detrás de los millones de flores rojas resultaban sencillamente invisibles, nadie podía espiarlos, ni retarlos, ni, por supuesto, desalojarlos.

—El Árbol es nuestro —dijo Sielecki—, vamos a defenderlo.

—Eso —dijeron todos.

Y colgaron un cartel que decía:

ÁRBOL FLORIDO Y TOMADO.
SI NOS ECHAN, NO NOS VAMOS.

Indignado, el Jefe de la Cuadrilla Caprichosa quiso trepar por el tronco. Imposible: desde lo alto, por entre las flores, le llovieron cacerolas, bolsas de pochoclo vacías, huevos de pajarito té con leche y tanto pero tanto polen de los estambres que casi lo dejó ciego.

Más frustrado que nunca, volvió a su Cuadrilla, dispuesto a afilar su heroica sierra eléctrica y a esperar el Momento Adecuado y el Permiso Total, el gran permiso.

Por la tarde llegaron los estudiantes de Bellas Artes y se instalaron con sus cuadernos y sus atriles en la Nueve de Julio, aunque casi no dibujaron porque no podían sacar sus ojos de encima del Árbol.

Mucho antes llegó el móvil de Canales Unidos de Televisión, con la locutora de la cara anaranjada, que exclamó y exclamó exclamando. Y puede decirse que, ese día, las imágenes "exclusivas" que comentó con voz emocionada — rojas, verdes y gloriosas imágenes—

El padre vino
espacio en donde
llegaron hasta las pantallas más remotas (ver)

de la Tierra.

El tiempo de florecer fue muy breve,
aunque alcanzó para que Laurita Pereyra
y Antonio Benítez, que ya habían
terminado su nido, se casaran, con
música y empanadas, en la rama de Lola
Miraflores, que estaba más florida que
nunca. Y mucha parejas de Nairobi, de
Caracas y de Singapur soñaron con pasar
una luna de miel como la de los
Enamorados del Árbol.

Pero un día, para gran susto de los
arborícolas y para gran placer del Jefe de
la Cuadrilla, las enormes flores rojas se
fueron desprendiendo de las ramas y
cayeron, unas tras otras, sobre la calle.
La sorpresiva lluvia de flores tomó
desprevenidos a todos. Los vendedores,
los Especialistas, los Ornitólogos, los
estudiantes de Bellas Artes tuvieron que
ser evacuados de debajo de las corolas
gigantes por la Cuadrilla Caprichosa (que
por fin había entrado en acción).
Las tareas de evacuación, salvamento y

limpieza del pavimento absorbieron las
energías de todos durante algunos días.
Los móviles de la C.U.T., siempre al
servicio de la noticia, registraron
momento a momento los pasajes más
dramáticos de la inundación de corolas.
Los satélites de comunicaciones estaban
saturados de noticias que los
Corresponsales Extranjeros enviaban a
sus capitales desde el Árbol de Buenos
Aires.

Pero poco a poco todo volvió a la
normalidad, y cuando el último camión
de Manliba se alejaba cargado hasta el
techo de corolas, los habitantes del Árbol
se miraron de rama en rama y se vieron
desnudos y despojados. Las hojitas
seguían estando allí, blandas y frescas,
pero las flores se habían ido, y si
Sielecki, desde la rama diecisiete, lo veía
a don Ávila, que estaba en la rama cinco,
eso quería decir que todos los veían a
todos desde la planta baja de la Nueve de
Julio.



Acá empieza
el Capítulo Séptimo,
que se llama
“La noche más triste”

Esa fue la noche más triste para los habitantes del Árbol. Reunidos en asamblea en la rama más gruesa del tercer piso, preparando proyectiles para defender hasta el final al Árbol, oían cómo la Cuadrilla afilaba sus sierras eléctricas y probaba sus motores, que rugían en la oscuridad. Todos sabían que, al día siguiente, el Jefe daría la orden de Desalojar primero y de Serruchar después. O de Serruchar primero y de Desalojar después, que era todavía más cruel, porque por fin le había llegado el Permiso Total, el gran permiso. Pobres arborícolas. Estaban muy acostumbrados a ese Árbol gordísimo y poderoso. En él habían construido casitas

no son
los
mundo
de chapa y nidos de hornero. Les habían
tirado arroz a Laurita Pereyra y a
Antonio Benítez cuando se casaron en la
rama de Lola Miraflores. Se habían
reído. Se habían peleado. Se habían
besado.

Los menos esperanzados ya empezaban a
enrollar sus colchones y a atar con una
soguita las pavas y las cacerolas (al fin
de cuentas ése no era el primer desalojo).
El Jefe de la Cuadrilla dormía feliz,
abrazado al mango de la sierra eléctrica y
con la cabeza apoyada en la carpeta
negra del Permiso Total. Era un hombre
sencillo y soñaba cosas sencillas.
Soñaba, por ejemplo, que él, él solito,
derribaba el Árbol.

El Jefe de los Ornitólogos, en cambio,
soñaba que desalojaban a los habitantes
del Árbol y quedaban sólo millones de
pajaritos té con leche que sonreían
cuando él los miraba con sus largavistas.
El Jefe de los Especialistas también
soñaba. Soñaba que ya no quedaba nada
en el mundo sino el Árbol. El Árbol solo,

sin pájaros, sin arborícolas. Sólo el Árbol y un gran, un potente, un enorme microscopio.

En cambio, Laurita Pereyra, que se había quedado dormida abrazada a su Antonio Benítez, soñaba otro sueño. Soñaba que vivía en una flor roja, grande y redonda como un paraguas. Y, poco a poco, llegaba la mañana.



Acá empieza el Capítulo Octavo, que se llama “Nati, la menor de los Bueri, hace un gran descubrimiento”

Y cuando la mañana llegó, muy gris de nubes, ya no quedaba ningún arborícola que no se diese cuenta de que había llegado el día de la Gran Batalla.

Como Nati Bueri tenía ocho años, sabía conservar la calma, así que empezó su día como siempre, persiguiendo pajaritos té con leche y volando con su sogá de rama en rama.

Por eso fue Nati Bueri precisamente la que hizo el Gran Descubrimiento. Nati miró, dijo “oia” y volvió volando hasta la rama donde su mamá hacía bultitos con toda la ropa.

—¡Mirá, mami! ¿Mirá lo que encontré!

—dijo Nati desde su sogá.

—Nati, ¿no ves que estoy ocupada? Y
tené cuidado con esa sogá, que te podés
caer...

—¡Pero, mami, mirá! ¡Mirá esto!
Y la mamá de Nati tuvo que mirar
nomás, porque lo que Nati le puso
delante de los ojos era realmente Algo
Especial. Un gran higo podría decirse,
pesado y transparente, de un color tibio y
apetitoso, entre ámbar y miel: era, sin
lugar a dudas, la fruta del Árbol. Una
fruta nueva, una fruta loca, una fruta
diferente, como todo lo que le pasaba al
Árbol.

Tan transparente era la fruta que la mamá
de Nati podía ver a través de ella cómo
los ojitos negros de su hija brillaban de
alegría: Nati sabía que era un Gran
Descubrimiento.
Las dos miraron mejor y vieron que en el
fondo, amontonadas en la base de la
fruta, había un puñado de semillas negras
y rojas y redondas.

—Don Ávila, venga a ver esto —gritó la
mamá de Nati en dirección a la rama de

por no hacer caso a lo que le decía
más abajo. (Siempre que se hablaba de
las cosas que crecían en el Árbol, los
arborícolas consultaban a don Ávila, que
era hombre de campo, y sabía de vientos,
de podas y de semillas.)

Don Ávila dejó descansar el fruto en la
palma de la mano y lo miró despacio.

—Ha de ser dulce —dijo—. Muy dulce
Y con cuidado abrió ese higo gigante. Y
manó una miel espesa y dorada, que
enchastó las manos de don Ávila y los
cachetes de Nati (que insistió en ser la
primera en probar el fruto).

—¡Ma, es riquísimo, más rico que nada
es! —decía.

Y cuando ya no quedaba más miel en el
fruto, juntó las semillitas del fondo y las
hizo rodar entre los dedos. Después, una
por una, las tiró a la Nueve de Julio, que
estaba lejos y allá abajo...

Acá empieza
el Capítulo Noveno
que se llama
“La Gran Batalla”

—¿Qué es eso? —gritó el Jefe de la Cuadrilla apuntando con su sierra eléctrica.

Al llegar al suelo cada una de las semillas estallaba con gran ruido: crash, bang crash, crash crash, bang. Los Ornitólogos empuñaron sus largavistas para descubrir al autor del atentado. Y sólo vieron a Nati, con los cachetes enchastrados de la miel del fruto del Árbol, y también muchísimos de esos higos gigantes que colgaban como adornos de Navidad de las ramas más soleadas.

—Esto es una provocación —rugió el Jefe de la Cuadrilla Caprichosa

enciendiendo el motor de su sierra eléctrica—. ¡Adelante mis valientes! Marchando de cuatro en cuatro, con sus mamelucos azules, al paso redoblado, la Cuadrilla se acercó al Árbol. El Jefe estaba seguro de que había llegado el Momento Adecuado.

Los del Árbol, entre tanto, también se preparaban.

—A ver, las mujeres y los chicos, que se trepen a las ramas más altas, métanse en mi nido de hornero todos los que quepan —gritó Sielecki—. Si las sierras se acercan demasiado pueden pasarse a la terraza del edificio de ahí enfrente —y señaló el Ministerio de Obras Públicas, casi aplastado por las vigorosas ramas del Árbol.

Pero Sielecki no contó con que ni las mujeres ni los chicos estaban dispuestos a meterse en un nido de hornero mientras se libraba la Gran Batalla.

—Ni loca, Samuel —Dijo Sara Sielecki —arremangándose la blusa—. Yo me quedo a pelear.

✓ Todo bien
me
pase
pase

Y todísimas las mujeres, desde Lola Miraflores hasta Plácida Pavese, es decir desde el primer piso hasta el piso dieciocho, que era el último piso habitado (después venían los pájaros) formaron un batallón valiente. Y todísimos los chicos, encabezados por Nati Bueri, por supuesto, se prepararon para ayudar en la gran defensa.

—Estaba pensando —dijo don Ávila rascándose la cabeza—, que estas frutitas pueden servirnos...

Y no había terminado de hablar cuando todos los arborícolas se dispersaron en busca de frutos. Con todo cuidado amontonaron los frágiles y golosos higos en cacerolas, baldes y palanganas; miles de frutos cosecharon...

Entretanto, la Cuadrilla Caprichosa ya se había formado en semicírculo junto al poderoso tronco del Árbol; los Ornitólogos y los Especialistas se habían retirado hasta la calle Alsina y comentaban desde allá los acontecimientos.

No tardaron en llegar los móviles de la C.U.T. y los Corresponsales Extranjeros con sus pesadas caseteras. Algunos se apostaron en la calle, pero otros, más previsores, consiguieron que vecinos hospitalarios les abrieran balcones de pisos diez y once, desde donde podían transmitir la batalla como si fuese un partido de fútbol.

Los motores de las sierras eléctricas hacían un ruido tan insoportable que los locutores tenían que desgañitarse frente al micrófono.

A todos les pareció bien que fuesen Antonio Benítez y Laurita Pereyra, los enamorados del Árbol, los que diesen la voz de aura.

—¡Ahorita! —gritaron los dos al mismo tiempo. Y, uno a uno, los doscientos veinticinco habitantes del Árbol levantaron la mano en alto y arrojaron hacia la Nueve de Julio un higo frágil y goloso. Y cada uno de esos higos frágiles y golosos se rompió, regó con miel dulcísima la calle y dejó caer sus

semillas. Y cada una de las semillas estalló (crash bang, bang crash, crash crash, bang) cerca de los miembros de la Cuadrilla Caprichosa.

—Asombroso, señoras y señores

—relataba la locutora de la cara anaranjada junto al móvil de la C.U.T.—.

Si bien desde aquí no es posible distinguir con precisión, es muy posible que se trate de frutos biónicos, señoras y señores...

—¿Qué quiere decir “biónico”, señorita?

—le preguntó una viejita vecina del barrio.

—Señora, por favor, no me cubra la cámara... Como estábamos diciendo, los frutos, que bien podríamos llamar biónicos, estallan al llegar al suelo.

Confusión en las filas de la Cuadrilla Caprichosa. Un valiente especialista se ofrece para desactivar uno de los frutos, que milagrosamente no estalló al tocar tierra... Con manos enguantadas, haciendo caso omiso del peligro, lo transporta hacia el laboratorio... ¡Mala

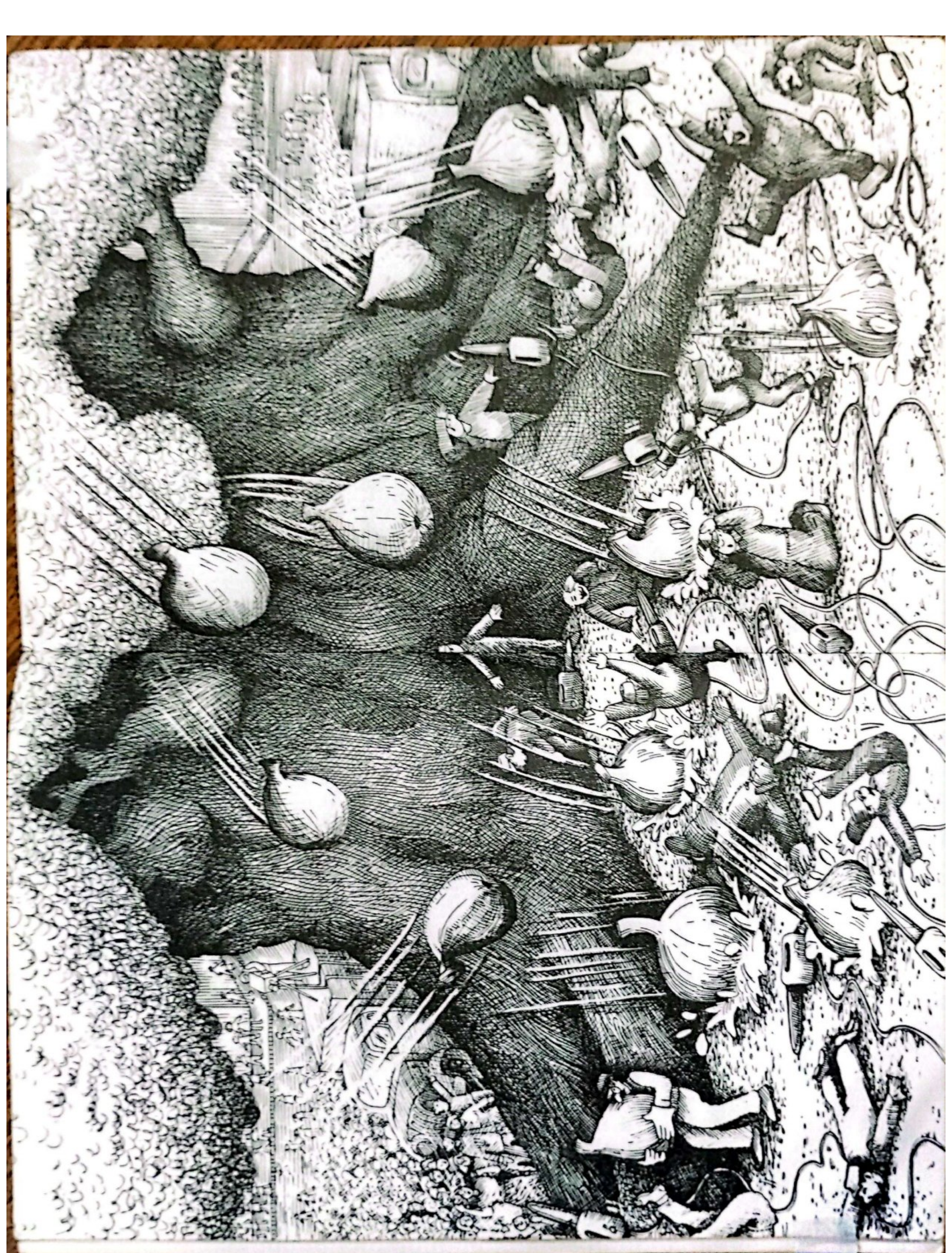
suerte! El fruto se le cae de las manos y se rompe, estalla con gran ruido y el Especialista corre, al parecer muy asustado...

—No huyan, cobardes! —gritaba el Jefe de la Cuadrilla, desesperado—. Son balas de salva...

En realidad, si bien el estallido de las semillas negras, rojas y redondas, asustaba muchísimo a todos, era la miel de los higos gigantes la que provocaba más bajas entre los que sitiaban al Árbol.

Blanda, tibia, pegajosa, fluía en abundancia de cada uno de los frutos reventones y bañaba la calle. Bastaba que un miembro de la Cuadrilla la pisase para que cayese despatarrado al suelo mientras su sierra eléctrica volaba por el aire.

En medio del simpático estallido de las semillas había hombres vestidos de azul tirados de espaldas, caídos de costado, arrodillados, con los pies en el aire, volando en vueltas de carnero, sentados



de golpe, frotándose la cola, empujándose, enredando los cables de sus sierras eléctricas, patinando... Y precisamente fue el Jefe el que más resbalones y caídas tuvo, tal vez porque fue el más empecinado en seguir avanzando.

El Árbol parecía dispuesto a colaborar con sus habitantes porque de hora en hora nacían nuevos frutos en sus oscuras ramas.

Al atardecer los sitiadores se retiraron maltrechos, a curar con salmuera sus moretones, a enyesar sus quebraduras y a reponer sus dientes rotos. El Jefe arrastraba por el suelo su sierra eléctrica, silenciosa y abatida: había perdido la Gran Batalla, pero seguía la guerra. Los móviles de la C.U.T. también se retiraron: cuando la noche cubría la ciudad era imposible saber lo que pasaba en el Árbol.

Acá empieza
el Último Capítulo,
que se llama
“Una fiesta, un temor
y una esperanza”

Esa noche los habitantes del Árbol se volvieron a reunir en asamblea.

—¡Ganamos, ganamos! —chillaban los chicos, más parecidos que nunca a pajaritos té con leche.

—Ganamos... por ahora —dijo Antonio Benítez abrazando a Laurita Pereyra. Todos sabían que, tarde o temprano, la Cuadrilla volvería, más violenta y más numerosa que nunca, que algún día, cuando no quedasen frutos, ni flores, ni trucos del Árbol, las sierras eléctricas acabarían por cortar el tronco. Por eso los chicos reían mientras comían las empanadas riojanas que había

amasado la mamá de Nati, pero los grandes reían... y pensaban.

Brindaron por todos. Brindaron por el Árbol. Y en medio del brindis apareció don Ávila, sonriendo y mostrando una gran lata de dulce de batata vacía donde había recogido cuidadosamente cientos y cientos de semillas negras, rojas y redondas, las semillas del Árbol.

—Cuando este Árbol muera, otros han de crecer —dijo, y no dijo más, porque era hombre de pocas palabras.

Pero los habitantes del Árbol supieron que cuando cada una de esas semillas negras, rojas y redondas estallase dentro de la tierra, de ella crecería un Árbol grande, de hojitas redondas y carnosas, de flores grandes como paraguas, de frutos en forma de higo, llenos de miel y también llenos de semillas negras, rojas y redondas.

—Cuando un Árbol se termina —decían y se reían—, siempre vuelve a empezar.

—Y pueden crecer Árboles en muchas

58 *al árbol
apareció una que
para cada uno a su vez*

partes —aseguraban todos con esperanza.

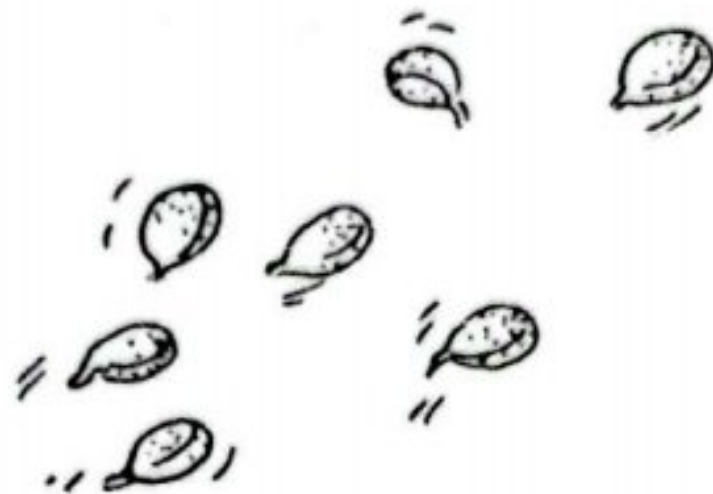
—También en Tucumán —dijo Laurita Pereyra, que quería volverse para allá con su Antoñito.

—En todas partes pueden crecer.

—Y todos van a tener casa —aplaudió Nati.

Por eso esa noche, esa tibia noche de esperanza, los habitantes del Árbol se durmieron en sus nidos y tuvieron sueños de alegría, sueños de Árbol.

lo que vino por el



Índice

Acá empieza el Capítulo Primero, que se llama	
“Un árbol que crece”	7
Acá empieza el Capítulo Segundo, que se llama	
“Aparece la Cuadrilla Caprichosa”	13
Acá empieza el Capítulo Tercero, que se llama	
“Llegan los primeros arborícolas”	19
Acá empieza el Capítulo Cuarto, que se llama	
“El Árbol se hace famoso”	22
Acá empieza el Capítulo Quinto, que se llama	
“Llegan los pájaros”	27

Acá empieza el Capítulo Sexto, que se llama	
“Un Árbol que florece”	35
Acá empieza el Capítulo Séptimo, que se llama	
“La noche más triste”	42
Acá empieza el Capítulo Octavo, que se llama	
“Nati, la menor de los Bueri, hace un gran descubrimiento”	45
Acá empieza el Capítulo Noveno, que se llama	
“La Gran Batalla”	48
Acá empieza el Último Capítulo, que se llama	
“Una fiesta, un temor y una esperanza”	57